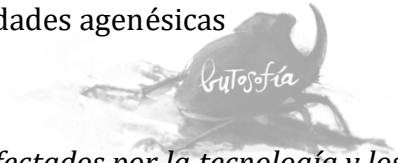


Nacimientos de cenizas

Del parto de Paul Tibbets al butoh de Tatsumi Hijikata: guía de pensamiento natalicio para cuerpos surgidos en sociedades agenésicas

por Jonathan Martineau



Charla pronunciada dentro de las jornadas Cuerpos afectados por la tecnología y los media en la universidad Complutense de Madrid, noviembre del 2014.

1. Nacimientos de cenizas

Nacer es entrar en escenas compartidas. Nacer remite a la aparición de brotes de espacios nuevos. Las cenizas, por su lado, ligeras y evanescentes, son vestigios de fuegos, de apariciones, restos de fiestas y de saqueos, secuelas de transformaciones y de cremaciones. Las cenizas son pruebas de acontecimientos pasados.

¿Nacimientos de cenizas? ¿Qué sentido tiene pensar o vivir nacimientos de cenizas, o sea, brotes de antigüedad?

2. Entre cielo y tierra

Ni la tierra ni el cielo están aquí. No estamos aquí. Estar entre subsuelo y cielo no implica que haya un suelo. No hay suelo. Más bien, el suelo es la frontera ilocalizable entre cielo y subsuelo. El cielo empieza a ras de suelo, ¿sino dónde? La palabra *suelo*, o *sol* en francés, remitía en el pasado a la planta del pie. *Sole* en inglés sigue hoy en día fiel a este origen corporal del suelo. El contacto entre la planta del pie y lo que hay por debajo siempre es el contacto entre la planta del pie y el subsuelo, el barro, la humedad, la gravedad, el centro de la tierra. La relación entre nuestro cuerpo y lo que hay por debajo no tiene fondo. En este sentido no hay suelo, es decir que estos suelos duros, impenetrables, son la materialización de una ficción.

3. Hiroshima

El seis de agosto de 1945 a las ocho horas dieciséis minutos y dos segundos, a seiscientos metros de altitud, un artefacto llamado *Little boy* explotó encima de la ciudad nipona de Hiroshima. Paul Tibbets, que pilotaba el avión desde el cual la bomba atómica fue lanzada, confirmó a sus superiores el buen desarrollo de la operación con el código secreto "baby was born". Se estima que alrededor de 75 000 personas murieron en el acto, aniquilados por el nacimiento del pequeño niño, del *Little boy*. Con "El bebé ha nacido", Paul Tibbets, en el mando de un avión que llevaba el nombre de su madre, Enola Gay, ratificó que sobre Hiroshima había brotado un champiñón atómico. Nacimientos de cenizas. Si algunas personas siguen muriendo hoy en día de las secuelas de esta explosión, se puede decir que todos vivimos en la onda de choque del nacimiento de *Little boy*. No se ha terminado de medir las interferencias de la explosión con el pensamiento humano y la vida en general. Aquella mañana donde se perfiló el final de la Segunda Guerra

mundial, lo que explotó fue mucho más que un artefacto. Entre paréntesis, cojo la palabra artefacto del ministro de asuntos exteriores francés que, en 1995, cuando Francia realizaba ensayos nucleares allá en el Pacífico, justificó la actuación de su país diciendo: *No son bombas, son artefactos que explotan*. Fin de la paréntesis. Con el nacimiento de *Little boy*, toda una manera edificante de pensar estalló en mil pedazos. Con el parto de Paul Tibbets se confirmaron las peores intuiciones que Horkheimer y Adorno publicaron en *La dialéctica de la Ilustración* tres años antes. Las cenizas de Hiroshima demostraron fuera de toda duda que la progresión de la Razón, con R mayúscula, de la razón humana, no alejaba la humanidad de la barbarie, todo el contrario. Horkheimer y Adorno tenían un argumento de peso para continuar afirmando que la razón misma manda relativizar su aplicación. Razón, ciencia y tecnología, en la perspectiva de los exiliados alemanes, eran sinónimos de un sol que quema la vida. Mientras el bien siga secando el mundo que ilumina, el despliegue de la razón ya no es un comportamiento racional.

El nacimiento de *Little boy* nos pone en guardia contra todos los nacimientos organizados desde la razón, desde el cielo de las ideas, el firmamento de los valores, las alturas de la lógica, la envoltura electromagnética que rodea la tierra y soporta las telecomunicaciones varias. Para nosotros, que pensamos y nacemos, debe de haber otro origen. Hiroshima nos enseña a desconfiar de los nacimientos celestiales.

4. Hijikata

Catorce años después de Hiroshima, en un Japón militarmente ocupado por los estadounidenses, el gobierno nipón censura una novela de Yukio Mishima titulada *Kinjiki*. *Kinjiki* significa *Colores prohibidos*, que en Japón se utiliza para señalar la homosexualidad. Fue el detonante para que entrase en escena Tatsumi Hijikata con un pensamiento corporal insumiso a los mandamientos de la razón.

Dijo: *En la oscuridad, una y otra vez en la oscuridad, buscando lo oscuro porque naciendo una y otra vez, siempre naciendo, siempre en la oscuridad porque siempre naciendo*.

Nacer, entre otras cosas, significa salir de una anterioridad. Todo parto tiene su gestación, todo creador tiene sus precursores. No es el momento ahora de estudiar la trayectoria de Hijikata. Me interesa su emergencia en la escena subterránea de Tokyo de los sesenta. Me interesa comprender la danza butoh que creó para poder tal vez imaginar en qué consistiría un pensamiento natalicio, un pensamiento que asume que nacemos sin cesar, desde el lecho donde nos concibieron hasta el estertor de la muerte, hasta la última exhalación, que sigue siendo una salida, seguiremos naciendo, surgiendo. Una danza del nacimiento. La idea no es aislada ni nueva. Freud escribió que el hombre nacía toda su vida. Jean-Luc Nancy escribe que nacer es el auténtico nombre del ser. Pero ni hace un siglo Viena, ni hoy en día en Francia, ni la obsesión por los síntomas corporales ni la escritura de libros titulados *Corpus*, se acercan ni de lejos al compromiso de Hijikata con un pensamiento natalicio. Desde la perspectiva de un pensamiento natalicio, las ideas, los libros, las teorías nunca podrán medirse con un cuerpo que se compromete. Pues, nacer, entre otras cosas, significa penetrar en un mundo que no sabemos

nombrar. Nacer es lanzar el cuerpo hacia horizontes imposibles, es adentrarse en travesías que desafían la lógica.

Cuando las autoridades japonesas censuraron la novela de Mishima, Hijikata llama a Yoshito Ohno, el hijo de Kazuo Ohno, probablemente el butoísta más famoso, e imaginaron una obra a carácter homosexual donde se ponía en escena lo que el poder político prohibía. Durante casi 10 años, hasta mayo del '68, Hijikata y su séquito investigaron a nivel experiencial las sombras del poder. Ponían a sus cuerpos en las zonas oscuras del discurso moral y político. Aquello que se dice que no existe, ése soy yo. ¿Qué se siente en los espacios denegados? ¿Qué hay en la parte de la realidad que intentamos acallar?

Cuerpos desnudos, carnes violentadas, miembros torcidos, imágenes tétricas, movimientos grotescos, durante casi una década un grupo de bailarines y performers marginados invadieron el subsuelo del renacimiento de Japón. Existe una relación directa entre, de un lado, las bombas atómicas y la democracia para la cual desbrozaron el camino y, de otro lado, las muecas y los cuerpos grotescos de los butoístas. Para Hijikata, que no dudaba en rechazar la democracia calificándola de cheque sin fondo, la violencia estatal, la extensión exponencial de los parques carcelarios, las bombas atómicas, el auténtico terror sembrado por las aviones militares, la explotación laboral, el consumismo estúpido, el saqueo de los recursos naturales, etc, toda la sombra colectiva no era sino un múltiple de la sombra de los cuerpos. Para Hijikata, en la democracia se celebra la libertad de expresión verbal sólo porque en ella el poder emancipador de las palabras ha sido reducido a nada o casi nada. ¿Cómo involucrarse entonces en contra de un poder político dominador y a la vez renunciar al dogma según el cual todo se soluciona hablando? ¿Cómo hacer ver el lado oscuro del poder político cuando renunciamos a la luz de la razón comunicativa? Poniendo el cuerpo.

Lo que se ve pertenece al cielo, a lo translúcido, a los nacimientos desde las alturas. El subsuelo es lo invisible. Con su *ankoku butoh*, con su danza de las tinieblas Tatsumi Hijikata apostó por el subsuelo. *Nací del barro*, decía. Apostó por la oscuridad, por la suciedad, por la fealdad, por la disolución, por la mezcla, frente a la luz blanca del cielo, a los valores impolutos, a la belleza canónica y la integración. De 1970 a 1973, después de dos años de discreción escénica, Hijikata volvió a la escena pública con el pelo largo, vestido de mujer, decía que su hermana muerta lo acompañaba. Su butoh ya no apostaba por un cuerpo rebelde sino por un cuerpo débil, un cuerpo abandonado a un mundo ajeno a toda política. Ya no se oponía a ningún gobierno sino que invadía la oscuridad en el marco de su propio cuerpo, se dedicaba día y noche a la desintegración, a la disolución en el espacio invisible, a la oscuridad, al nacimiento perpetuo.

5. Pensamiento natalicio

En una perspectiva natalicia, nuestras ideas, nuestra visión del mundo, nuestro pensamiento es un síntoma del patrón de organización corporal y la matriz de éste se conforma desde antes de nacer, durante el parto y en los momentos que siguen al parto. Esta perspectiva tiene sus referencias. Podríamos apuntar a Nietzsche como abuelo de la filosofía natalicia. *El cuerpo es la gran razón*. La necesidad de

superarse que caracteriza a la vida, según lo que ésta le contó a Zaratustra, no es sino la necesidad de seguir naciendo. Ya cité a Jean-Luc Nancy, según el cual nacer es el nombre del ser. Peter Sloterdijk es sin lugar a dudas un imprescindible al cual volveré enseguida. Roberto Esposito, desde Nápoli, asegura que debemos contemplar a la vida como un fenómeno del nacimiento y no a la inversa, como podríamos creer intuitivamente. El autor francés Pascal Quignard, en sus tratados, es con toda seguridad uno de los pensadores más radicales a la hora de asumir una concepción naciente del ser. Desde oriente, existen numerosas tradiciones natalicias, aunque siempre marginadas, como lo fueron los taoístas. Para citar a alguien de nuestro tiempo, perteneciente a la tradición de la sabiduría loca, las conferencias de Chogyam Trungpa pueden darnos alguna indicación acerca de otro modo de pensar el cuerpo y el espacio en su modalidad naciente.

La primera cosa que debemos tomar en consideración, e inicié la charla con esta idea, es que el nacimiento es compartido. No hay algo que nace y luego se comparte, no, de entrada el nacimiento implica compartición. El *con* es la esencia de la expresión ser-los-unos-con-los-otros, repite sin cesar Nancy en sus libros. El pensamiento natalicio toma como suelo, como base, ese *con* que nos pone en relación. Ni los unos ni los otros son primeros sino el espacio que los une. Tomamos el *con* como suelo y sin embargo el *con* está vacío, es un espacio entre, no ofrece otro sustento que la relación a la cual obliga. Por consecuencia, si el nacimiento es compartición del espacio, lo que entra en escena en un parto no es un individuo sino una relación. Nunca nacen individuos. Nace el con. Nace el espacio mismo de la relación. De ahí que Nancy escribiera: *no hay espacio sino sólo espaciamiento*.

Una concepción naciente del ser o del espacio niega la mítica esencia individual en el corazón de nuestros sistemas políticos. La separación espacio / individuo es ficticia. No existimos fuera del espacio donde surgimos, sea un entorno fetal o atmosférico. Hay espaciamiento y nosotros formamos parte de su surgimiento. Estamos en el mundo como pez en el agua. Por el contrario, el mundo de los individuos es este mundo con suelos duros y llenos e identidades colgadas del cielo y de mundos virtuales y ficciones legales.

6. Grof

¿Cómo se despliega el espaciamiento? El psiquiatra Stanislav Grof distingue cuatro fases, cuatro matrices perinatales, que nos ayudarán a pensar un poco más lejos la idea de filosofía natalicia.

Primera fase: la vida fetal, vida oceánica, fusión con el todo, absorción en un universo acuoso e infinito. El útero puede ser un lugar paradisíaco o infernal, pero siempre envolvente.

Segunda fase: pérdida de las aguas. Diluvio. Aun no hay dilatación del orificio vaginal, aun no hay salida. Es una situación absurda, un espacio saturado sin vía de escape. Momento de fe ciega o total desesperación. Las posibilidades de vida en ese mundo se agotaron. Parece que nos estamos muriendo. Hasta que...

Hasta que las puertas se abran. El feto se esfuerza por salir de un lugar inhóspito del cual se está sintiendo empujado hacia fuera. Es la tercera matriz de Grof: contenedor y contenido colaboran hacia fuera. Expulsión y surgimiento. *Caer y surgir al mismo tiempo*, diría Quignard. Lucha a muerte para seguir vivo. Entrega a la necesidad de mudarse, de avanzar, de superar lo conocido.

Cuarta fase: afuera. Nosotros. Invadimos el espacio atmosférico y el aire invade nuestro cuerpo. La luz nos ciega. Penetramos ahí donde no sabemos. Hay esta voz y estas hormonas presentes en un cuerpo que nuestra carne expuesta *reconoce*. Espacio transpersonal. Una relación nueva empieza a construirse. Un nido. Una esfera emerge.

Esta nueva esfera abrigará y fomentará el despliegue de la vida hasta que se sature, habrá agobio, necesidad de mudar, se abrirán vías, el tránsito hacia otros territorios será más o menos difícil, descubriremos un mundo nuevo, que haremos nuestro, configurando un espacio interior, que nos proporcionará la seguridad para nuestra expansión, algún día este espacio a su vez se saturará, etc. Resumiendo: interior-saturación-lucha-nuevo mundo... qué será rápidamente un nuevo interior. Seguir naciendo no se limita al momento donde nuestra cabeza abandona lo conocido por un mundo más vasto. Seguir naciendo estriba en la consciencia de que no existe ningún estado definitivo, que ahí donde estamos estamos destinados a salir, mudar, explorar. No existe ningún estado a secas, todo son procesos. Seguir naciendo implica vivir no dentro de un espacio fijo, ni siquiera dentro de un espacio dinámico, sino dentro de un espacio expansivo e ilocalizable, un espacio sin lugar.

7. Esferas

Peter Sloterdijk escribió la historia de la humanidad bajo el prisma de las esferas. Su esferología consiste en un estudio de los espacios interiores de mundo, espacios sin coordenadas. Los tres tomos de *Esferas* cuentan con casi 3000 páginas que no resumiré aquí. De cierto modo ya lo estoy haciendo.

Hay un excursus acerca de la forma del huevo que nos puede ayudar a comprender nuestra situación desde el pensamiento natalicio. El huevo con el cual, según Diderot, se puede derrumbar todos los dogmas de la tierra. La cascara del huevo delimita claramente una diferencia entre dentro y fuera y a la vez esta diferencia no puede ser absoluta, pues se necesita del calor de la gallina o de lo que sea para el feliz desarrollo del futuro polluelo. La diferencia entre dentro y fuera siempre se realiza gracias a una membrana semipermeable, elementos del afuera serán siempre necesarios para el desenvolvimiento de lo interior. El embrión crece, gracias a la seguridad y la intimidad que le garantiza su membrana, hasta el día en que lo que antes le parecía inmenso y fantástico ahora lo cohibe e inhibe, lo agobia. El polluelo y la gallina romperán juntos la cáscara del huevo. El polluelo emergerá dentro de un nido, que no es sino otra esfera, donde crecerá hasta el agobio, y desde el cual de un modo u otro saldrá hacia otro espacio.

¿Qué aprendemos del huevo para nuestros espacios? Necesitamos espacios interiores de mundo, necesitamos intimidad claramente protegida del afuera, y me

interesa sobretodo resaltar el arte de fabricar cascaras lo suficientemente duras como para proteger la vida en su interior y lo suficientemente blandas como para ser destruidas cuando haya llegado el momento.

El primer tomo de *Esferas* se subtitula *Burbujas* y trata de las microsferas, de la psicología humana, de las relaciones desde la del feto y la placenta hasta la que se establece entre el místico y dios, pasando por los niños y los ángeles guardianes y las parejas contemporáneas, todas estas combinaciones siendo esferas duales, compuestas por *dividuos*, Sloterdijk nunca habla de esfera individual.

El segundo tomo se titula *Globos* y se interesa más en la vertiente política o sociológica de la historia humana. De las murallas y arcas hasta los parlamentos contemporáneos y los estadios deportivos, pasando por el firmamento y el dios-uno, la forma esférica acoge el estar-juntos de los humanos. A diferencia de las burbujas, constituidas a nivel sensorial, con membranas dúctiles y formas imperfectas, la elaboración de un globo, de una macrosfera humana, implica la intervención del lenguaje, introduce la lógica de la representación pues la esfera no es real, no se siente sino que se asegura gracias a sus representantes y vigilantes. Todo discurso es autorreferencial, todo discurso político, lo demostró maravillosamente Derrida en *Fuerza de ley*, necesita estar asegurado, *to be enforced*, regulado mediante la violencia. Es decir: todo discurso genera una cascara. Una comprensión del mundo realizada gracias al lenguaje no es sino un huevo, una protección. Sloterdijk habla de *uterotecnia* para la comprensión política del estar-juntos de los seres humanos. La política sería el arte de crear espacios interiores. Me pregunto: el discurso que nos envuelve, la cascara en la cual vivimos, ¿podrá romperse algún día para permitirnos explorar un mundo de vastas posibilidades o bien es demasiado rígida, demasiado dura, demasiado total, condenándonos, tarde o temprano, a morir ahogado en mundo que no supimos superar? El útero lingüístico que nos cobija, ¿deseará algún día abrirse e invitar a una libertad mayor o la protección que nos ofrece es total, totalitaria?

8. Agenesia

La relación entre el nacimiento y nuestra situación política actual es total. Cojo de Luís Sáez Rueda, profesor de filosofía en la universidad de Granada, y amigo, y antiguo director de tesis, el concepto de *agenesia*, eso es: la incapacidad para engendrar. Para Sáez Rueda, en su libro *Ser errático*, el incesante movimiento al cual nos condena la vida moderna genera la parálisis política. Este apabullante vaivén no es sino la estabilización de un mundo estático. Encontramos ideas similares en Sloterdijk, en *Eurotaoísmo* y *En el mundo interior del capital*. Nuestro mundo se yergue como el mundo definitivo, el horizonte insuperable, el último contenedor sin exterior o el exterior puro, lo que viene a ser lo mismo, siendo ausente la diferencia sin embargo esencial interior / exterior. La cumbre de la evolución extrañamente coincide con la contaminación en los cielos de las metrópoli. La idea de paz triunfa en las mentes junto con la producción de armamento sin común medida en la historia universal y su uso efectivo en guerras justas e injustas. La libertad se consagra en declaraciones de derechos universales al mismo tiempo que se construyen parques carcelarios de envergadura incomparable con ninguna época anterior. La felicidad está aquí y ahora y sin

embargo la anestesia se convierte en estilo de vida. ¿Cómo seguir naciendo en el mundo del último hombre? Para contestar a esta pregunta es imprescindible comprender a qué discurso estamos sujetos, con qué cascara estamos lidiando.

La planta del pie se relaciona con el subsuelo, el pensamiento brota del subconsciente que se enraíza en los tejidos corporales que se moldean en profundidad en la vida fetal y en el nacimiento. Subsuelo y subconsciente remiten a algún tipo de oscuridad, de ignorancia, de misterio, de apertura, de abismo. ¿Qué discurso nos sujeta, la luz de qué razón nos niega la noche, qué bucle anula la apertura, qué verdad nos protege del abismo? ¿Desde qué cielo se nos niega el origen, la posibilidad de seguir naciendo? ¿Qué palabra es, para nosotros, el valor sagrado, supremo? ¿En nombre de qué ideal la tecnología se apodera del proceso del nacimiento? Sencillamente: la vida. La vida con V mayúscula, la vida opuesta a la muerte, la última vara de medir el bien y el mal.

Nietzsche quería que concibiésemos la vida como un ideal por conquistar, un reino alejado que daría sentido a nuestro viaje. Hoy en día, nosotros los seres mortales, estamos vivos. Tenemos vida. Hay que protegerla, hay que asegurarla. Todos nuestros esfuerzos se dedican a la protección de algo dado. Es nuestro deber proteger la vida con todo nuestro ser. La progresión de la humanidad hoy en día se mide fácilmente: aumento del número de años, la esperanza de vida, y disminución de la mortalidad infantil. Crece el número de seres humanos. Todo lo que nos permite trabajar en esta dirección está bienvenido. ¿Cuál es el contenido de la palabra vida? En tanto valor sagrado, en tanto ficción, no tiene contenido. Pero sabemos una cosa: bajo el cielo de la vida sagrada, el sufrimiento es sinónimo de derrota. No debemos sufrir pues sufrir nos hace dudar de la vida. Contemplar el nacimiento comprendiendo bien la ideología que nos sujeta arroja una luz diferente sobre lo que se puede hacer. Vivimos en un mundo mental donde la vida es sagrada y la muerte y el dolor vistos como enemigos. Por consecuencia el nacimiento es sospechoso, lleno de riesgos poco asegurables, y proporciona a menudo grandes dosis de sufrimientos. Una vida perfecta prescindiría de esta etapa. La vida domina nuestro nacimiento.

9. Mamíferos

Me gustaría inspirarme en el nacimiento fisiológico para imaginar grietas en la cascara del mundo. Leo en parte a los escritos de Michel Odent, obstetra francés, autor entre otros libros de *El Nacimiento en la era del plástico*. El cuerpo de la mujer encinta, en preparación al parto, secreta una hormona llamada oxitocina, hormona por otro lado implicada en los sentimientos sexuales y amorosos. La acción de la oxitocina permite la dilatación del col del útero y facilita el nacimiento y la expulsión de la placenta. La adrenalina es antagonista a la oxitocina. La presencia de la adrenalina inhibe la secreción de oxitocina. Tiene sentido. En la selva, en presencia de un depredador, la hembra y su criatura necesitan más la adrenalina y músculos tensos y alertas para huir o luchar que la oxitocina que las entregaría a la muerte. Hoy en día, en los centros hospitalarios, las mujeres, con epidural, paren gracias a la oxitocina sintética que se les enchufa. La oxitocina sintética es dilatación sin amor. Quien huye del dolor se aparta también de las

posibilidades más bellas de la vida humana. La tecnología tomó el mando del nacimiento.

Cesáreas, partos inducidos, epidural, a partir del momento que una hormona sintética entra en el cuerpo de una parturienta, todo el proceso sutilmente reglado del cuerpo del mamífero queda desestructurado. La tecnología intenta paliar, grosso modo, el desastre que introdujo, y lo hace con una huida hacia delante, invadiendo cada vez más los cuerpos para suplantar la sabiduría corporal con ciencia barata, muy lejos de estar libre de intereses mercantiles.

Se ha estudiado que los mamíferos no humanos, cuando paren con epidural, cuando se le quita a la hembra la posibilidad de sentir su dolor, rechazan a sus crías. *El sentido se siente*, escribe Nancy. Cuando el mundo pierde el sentido, lo primero que deberíamos hacer es ir en busca de nuestro dolor, que no es sino la sensación la más intensa, la más burda, y por consecuencia la más asequible. Ir en busca del dolor para activar nuestra capacidad de sentir físicamente, más acá del dolor psíquico que se trata justamente a través de medicinas que inhiben nuestra sensibilidad y sensibilidad.

Las chimpancés y perras en las cuales se han practicado cesáreas tampoco cuidan de sus crías. Para que presten atención a sus proles, se debe untar el recién nacido con secreciones vaginales de la madre. Pregunta Michel Odent: ¿cuál es el futuro de una civilización nacida por cesárea? El patrón profundo de nuestro pensamiento se enraíza en la época fetal y perinatal. Quien haya nacido por vía antigua tiene en su cuerpo la memoria de la necesidad de salir. No estamos bien aquí. Lo dijo el Hijo del Padre y lo pusieron en la Biblia: no estamos bien aquí. Sólo recientemente se ha detenido el viaje plurimilenar que ha llevado a los seres vivos, a las hordas humanas y prehumanas, a seguir naciendo. Hemos conquistado los cielos, asfaltado el suelo, iluminamos la noche, inducimos partos para mujeres que no quieren parir, esterilizamos habitaciones y abrimos vientres para sacar bebés que no quieren salir. Sólo recientemente han aparecido seres humanos que no tienen en su memoria corporal la aventura del nacimiento por vía estrecha. ¿Cómo podemos hablar de la posibilidad de otro mundo si no conocemos profundamente la posibilidad de trasladarse con éxito? No se trata de efectuar una lectura individual sino de preguntar por la masificación del fenómeno de la cesárea y su posible constitución como norma básica en un futuro próximo.

O ¿cómo hablar de felicidad y bienestar a cuerpos humanos que en su útero vivieron poco más que la angustia de su madre, el estrés, el ruido, ataques incesantes por emociones negativas y agentes agresivos introducidos por una alimentación insana e tóxicos varios?

Odent denuncia que desde milenios se han alterado sistemáticamente los procesos fisiológicos con ritos, creencias, tecnologías, y así perjudicando la psique profunda de los seres natales que somos. Odent invita a deshumanizar el parto para aumentar nuestra capacidad de amar. Dice que, en lugar de humanizar, hay que mamiferizar los partos... Propone tres cambios claros en la obstetricia. Uno: imponer el silencio. El lenguaje activa la actividad neocortical, la liberación de adrenalina y por consecuencia complica el parto. Nosotros, cuerpos surgidos en

sociedades ultrahumanizadas, perdemos poco a poco nuestra capacidad de sentir, no hablo de amor sino de sentir a secas, que la pensadora Suely Rolnik relaciona con las sensaciones subcorticales. La mente de la parturienta tiene raíces a las cuales ninguna palabra tiene acceso, raíces para las cuales cualquier palabra es un freno. Éstas son raíces oscuras y literalmente la presencia de la luz en una escena de parto es contraproducente. Debería, nos dice Odent en su segunda propuesta, haber una luz tenue, pues la información visual activa el neocortex. Por último, el hecho de sentirse observado libera gran cantidad de adrenalina, perjudicando así la fluidez del parto. Pascal Quignard relaciona la libertad con el secreto y la intimidad y le opone la observación constante. Escribe que desde que las ecografías se realizan en las mujeres encintas la esclavitud lanzó sus garras hacia la vida prenatal.

10. Seguir naciendo

Las indicaciones de un médico obstetra coinciden con las de un rebelde japonés que gustaba de retorcerse en los sótanos de Tokio en los años sesenta. Decía que bailar era tender la mano a los muertos, que había que moverse desde el cuerpo que no nos fue robado por el lenguaje, que había que deshumanizarse. El médico y el butoísta coinciden en qué, para seguir naciendo, conviene que desconfiemos del lenguaje. El lenguaje es una ventana, una posibilidad de enmarcar y encauzar un mundo que le es ajeno. Podemos utilizar el lenguaje para mostrar un mundo que las palabras nunca tocarán. Seguir naciendo implica cultivar el silencio, espacios de silencio. Desconfiemos de la luz omnipresente, ejercitemos nuestra capacidad de vivir en la oscuridad. El aire con el cual nos relacionamos día y noche, la gravedad omnipresente que impone una tracción a nuestro cuerpo permanentemente, las sensaciones físicas constantemente presentes en el cuerpo, todas estas realidades son oscuras, es decir invisibles, incomunicables con las palabras, realidades de subsuelo. Percibir estas realidades se hace más complejo en ambientes muy iluminados. La luz nos saca fuera en partos a destiempo. En su *Crítica de la razón cínica*, Sloterdijk escribió: *a más aire, menos opiniones*. Prestando atención a lo invisible debilitamos la empresa del lenguaje sobre nuestros cuerpos. Investigando las sensaciones físicas y potenciando nuestra capacidad de sentir, damos sentido a nuestro nacer, a nuestra venida al mundo. En un texto fascinante, titulado *El significado*, Quignard escribe que la comunicación es el sacrificio de la sangre del ser. Redes sociales, telefonía móvil, producción de artículos y conferencias, toda nuestra vida puesta al servicio de la producción de lenguaje, todo se enfoca a la realización del individuo y la materialización de un suelo duro que nos corta del origen para ubicarlo en el cielo.

En resumen, la alternativa excluyente es:

1. Negar el nacimiento creyendo en nuestra identidad, comunicarnos, fomentar la ficción en nosotros de un individuo que tiene vida y participar a la rigidificación del suelo a partir de valores lingüísticos ubicados en el cielo, construyendo la cascara en la cual más pronto que tarde nos agobiaremos en nuestros propios desechos, dando luz a la destrucción global, transformando el mundo en cenizas de cemento, pariendo *Little boys* desde las alturas.
2. O bien: desmontar nuestra identidad, penetrar en nuestro cuerpo y desintegrar todos los bloques, lijar las durezas, invalidar las sujeciones, desaparecer en el

espacio que somos, elaborando un cuerpo de cenizas, un cuerpo frágil, transparente, sin solidez. Deshumanizar nuestras vidas o mamiferizar nuestros partos no significa volver atrás sino avanzar manteniendo contacto con el origen, con el subsuelo de nuestros cuerpos.

Gracias.